

A woman in a dark, patterned Victorian-style dress and gloves holding a closed umbrella. The dress is dark blue or black with intricate paisley or floral patterns. She is wearing long, dark gloves. The umbrella is also dark and is held closed in front of her. The background is plain white.

La señora Parkington

Louis Bromfield

En los años posteriores a la gran crisis del 29, en una espléndida mansión de Manhattan, somos testigos de la extravagante vida de los Parkington, una estirpe en la que lujo y refinamiento conviven con la vulgaridad.

Quien no ha sido aniquilado bajo el peso del aburrimiento, se ha casado de la peor manera; quien no ha especulado y engañado, se ha dejado estafar persiguiendo quimeras. Únicamente los une la expectación ante la muerte de la matriarca, Susie Parkington. Sin embargo, la salud de Susie, pese a sus ochenta y cuatro años, es envidiable. La explicación de su longevidad habría que buscarla, quizá, en su pasado como humilde camarera en Nevada. El único miembro de la familia que merece el respeto de la anciana es su bisnieta Janie, la encargada de finiquitar para siempre el espíritu de decadencia de una generación débil para mostrar el espíritu renovado de un país que aún confía en la gente honesta.

El perfil de una mujer fuerte e inteligente, las intrigas y los sobornos de Wall Street, el día a día de una ciudad como Nueva York a mediados del siglo XX, hacen de La señora Parkington una novela que podemos leer como la digna continuación de La edad de la inocencia.

1

Caía una espesa nevada de grandes copos, de modo que el sonido del tráfico de Park Avenue que se filtraba por las cortinas corridas era apagado y distante. La señora Parkington, sentada ante su espejo con un botellín de champán al lado, pensaba en cuán agradable era que la Navidad de ese año pareciese auténtica. Bien sabía que a la mañana siguiente la nieve se habría derretido y convertido en sucio lodo, y que las grandes máquinas compradas por el apuesto y presuntuoso alcalde la recogerían para arrojarla al río North; pero la nieve —la mera idea de la nieve— era agradable. Solo verla caer en blancos copos entre los halos luminosos de las farolas producía felicidad y satisfacción. Y también despertaba recuerdos, viejos recuerdos, de los días en que no era una molestia ciudadana, pues la gente sacaba los patines de hielo y los trineos; en el parque se organizaban carreras de trineos, y el tintineo de sus campanillas se oía por toda la ciudad. A Gus le apasionaban; se adecuaban a su naturaleza ardorosa. Cuando se tienen ochenta y cuatro años, salud, buen ánimo y una copa de Lanson todas las tardes justo antes de la cena, la memoria se aguza. Los recuerdos lejanos tal vez sean moneda corriente entre los ancianos, pero unos recuerdos tan henchidos de emoción y elementos novelescos como los de la señora Parkington eran infrecuentes.

Estaba peinándose, colocando las ondas de cabello en su lugar. Siempre se había arreglado ella misma el pelo y ahora, a su edad, no estaba dispuesta a dejar de hacerlo. Se lo había cortado diez años atrás, no como una conce-

sión a la moda, sino porque así era más fácil peinarlo y llevarlo arreglado. Detestaba a las mujeres desaliñadas. Unos cabellos que cayesen lacios sobre el cuello indicaban debilidad de carácter y dejadez.

Cuando acabó la copa, gritó:

—¡Mattie! ¡Mattie!

Al sonido de su voz asomó por la puerta del dormitorio contiguo una mujer rechoncha de cerca de setenta años. Tenía una figura curiosa, casi redonda, como esos muñecos que vuelven a la posición vertical por mucho que los empujen. En realidad, Mattie parecía una muñeca en muchos aspectos. Tenía la cara redonda y regordeta, con la nariz respingona, los cabellos canos, recogidos en un moño apretado en la nuca. Llevaba un vestido gris con botones hasta el cuello y falda con mucho vuelo. Había nacido en Suecia y en conjunto era una mujer extraordinaria. Masajista, peluquera, secretaria y amiga, poseía un asombroso conocimiento íntimo de todo lo que le había ocurrido a la señora Parkington en los cuarenta y un años que llevaban juntas.

—Sí, señora Parkington —dijo Mattie.

—Dígale a Taylor que traiga otra copa.

Mattie la miró en silencio un momento y dijo:

—¿Le parece prudente, señora? Si va a beber vino en la cena, mañana tendrá una acidez de estómago terrible. Parecerá una botella de vinagre.

La señora Parkington se rió.

—No beberé vino en la cena. ¡Haga lo que le he dicho!

—Muy bien, señora Parkington, pero mañana no se queje. Ya sabe cómo suele encontrarse después de las navidades.

La anciana no dijo nada y Mattie se retiró; al cabo de unos minutos la señora Parkington se levantó del tocador y entró en su gabinete. Su figura era esbelta y erguida, sus manos y pies, hermosos. Llevaba un vestido de noche negro adornado con encaje del mismo color para disimular la delgadez de la garganta, de los hombros y de las muñecas,

recorridas por finas venas azules. Sus ojos eran llamativos, azules y muy brillantes, como la titilante superficie de un lago al sol.

El gabinete era pequeño y estaba atestado de muebles, libros, fotografías y bibelots colocados en mesitas. Todos los objetos eran caros, y muchos de ellos feos, pero la señora Parkington les tenía cariño. Cuando se había mudado de su mansión de la Quinta Avenida para dejar paso al progreso y a un rascacielos de setenta plantas, había salvado, para lo que Mattie llamaba el «buduá», los objetos que deseaba conservar por su valor sentimental o porque le traían recuerdos felices. El resultado era esta habitación, entrañable y abarrotada pero acogedora. Contenía objetos procedentes de su «coqueto rincón» de las décadas de 1880 y 1890; objetos adquiridos durante los viajes en yate por el Mediterráneo y Extremo Oriente: dos sillas doradas horrosas por las que había pagado un precio exorbitante, como si fuesen auténticas, sesenta años antes, cuando aún no entendía de esas cosas; muchos libros, la mayoría novelas francesas e inglesas desconocidas u olvidadas, escogidas no por su calidad literaria, sino porque le había interesado algún personaje o episodio; una *chaise longue*; un espejo alargado con marco ornamentado e innumerables fotografías de excursiones marítimas y picnics en Newport y de partidas de caza en Escocia y Austria. Casi todas eran fotografías de grupo, como si su vida entera hubiese transcurrido entre multitudes. Esparcidos entre ellas había unos cuantos retratos: uno del Mayor Parkington, su difunto esposo; uno de cada uno de sus hijos, William y Herbert, ambos fallecidos; otro de su hija, la duquesa; un retrato con dedicatoria de Eduardo VII cuando era príncipe de Gales, otro de la princesa y un daguerrotipo, amarillento y desvaído por los años, de un hombre de semblante enérgico con la mano sobre el hombro de una mujer menuda y hermosa ataviada con un austero vestido negro con el cuello de encaje blanco. El daguerrotipo estaba en el secreter, enmar-

cado, como una miniatura valiosa, en ónice y diamantes. En la parte inferior llevaba una inscripción dorada, ahora descolorida, que rezaba: «Forsythe y Wicks, fotógrafos, Leaping Rock, Nevada». Y había una pequeña fotografía anticuada, cuyo marco de ónice y diamantes parecía indicar que tenía un significado especial, de una mujer elegante pero más bien fea, sentada muy erguida. En la fotografía se leía, en letras descoloridas, la dedicatoria:

«À ma chère amie Susie, Aspasia».

Su nieta Madeleine —la que eligió un vaquero como cuarto marido— solía decir que el gabinete parecía el nido de una urraca, pero la señora Parkington se reía del comentario porque poca gente entraba en él y, de cualquier modo, hacía años que las burlas y la desaprobación habían dejado de afectarla. El gabinete era solo suyo, el sitio al que acudía cuando necesitaba estar sola, en los momentos en que sentía el impulso de ocultarse del mundo que se desmoronaba a su alrededor para refugiarse en los recuerdos de aquellos tiempos en que todo era agradable y parecía que no había problemas en el mundo.

Cuando entró en el gabinete se dirigió hacia el viejo espejo para mirarse. El cristal presentaba desde hacía tiempo grietas y manchas, pero no se había molestado en mandarlo a azogar. Ya no había razón para preocuparse; haría su servicio mientras ella viviera y luego nadie lo querría. No era de esos objetos que cobran valor con los años; era feo, y nadie lo compraría a no ser por puro capricho, como los que ahora adquirirían objetos victorianos porque estaban de moda.

La moda era algo curioso. A lo largo de su vida había conocido incontables modas en muebles, arquitectura y vestidos. Aunque desaprobaba algunos cambios, en general reconocía que el gusto de los estadounidenses había

mejorado sobremanera y que la moda actual no solo era bonita, sino además sencilla y práctica.

Se contempló en el espejo agrietado durante un momento, pensando: «Estás vieja y ajada, pero has resistido el paso del tiempo mejor que el espejo. Habéis visto muchas cosas; algo por lo que ambos deberíais dar gracias».

Tenía el rostro lleno de arrugas, finos surcos dejados por una vida vivida de forma insensata unas veces, prudente otras, pero a todo tren; aunque ella no era la culpable del derroche. Siempre había habido dinero, tanto que llegó a perder su valor. Siempre había tenido cuanto se le antojaba con solo pedirlo. La gente decía ahora que tal o cual persona era rica, pero nadie sabía qué significaba ser rico como lo había sido el difunto Mayor. Había poseído un capital inmenso, casi incalculable, sin impuestos que lo devorasen antes de llegar a sus manos; no había habido motivo para calcular cuánto se llevaría el fisco y cuánto quedaría para satisfacer todos los caprichos.

Todavía era riquísima y, como con el paso de los años le interesaban cada vez menos el lujo y la ostentación, podía decirse que era tan rica como siempre. En ciertos aspectos no era malo tener menos dinero: para empezar, le había dado un pretexto para desembarazarse de aquel absurdo palacete situado entre tiendas y rascacielos de la Quinta Avenida, sin árboles ni parques, ni siquiera una brizna de hierba, en los alrededores. El Mayor hubiera deseado que viviese allí hasta su muerte y que después pasase a sus hijos, pero había fallecido sin advertir el profundo cambio que experimentaba el mundo. No había llegado a conocer el nuevo Estados Unidos, donde las leyes lo hubiesen condenado a la cárcel hasta el fin de sus días por los mismos actos que cuando vivía se habían considerado una «contribución al desarrollo de los recursos del país». La señora Parkington no se engañaba respecto a su marido, quien había acumulado una inmensa fortuna pero en el fondo siempre había sido un bandido. Admitía que tal vez en su juventud,

cuando había muchos como él en Estados Unidos, nunca se le había ocurrido pensar que era un ladrón, un trapacero y un superestafador.

Tras un discreto golpe en la puerta entró Mattie. Entre sus faldas aparecieron, como masas vivientes de sedosas plumas, Bijou y Mignon, los dos perros pequineses, saltando y ladrando. Inmediatamente después entró Taylor, con otro botellín de champán y una copa sobre una bandeja de plata. Tenía el mismo aspecto de siempre, digno y severo. También él llevaba mucho tiempo con la señora Parkington, a quien su dignidad y severidad en ocasiones provocaban el deseo irreprimible de reírse de él, dado lo bien que se conocían y el mucho tiempo que hacía que estaba a su servicio. Pero nunca se reía porque sabía que lo heriría más que cualquier reprimenda o sarcasmo que pudiera dirigirle. Taylor tenía una mentalidad determinada y creía que solo era posible vivir ateniéndose a ella. Había nacido en Inglaterra, pero hasta la mentalidad inglesa comenzaba ahora a resquebrajarse.

Dejó la bandeja en la mesita que había junto a la *chaise longue*.

—Gracias, Taylor —dijo ella.

Estaba muy rígido, como si, al igual que Mattie, desaprobaba el segundo botellín.

—¿Desea algo más la señora?

—No, gracias. ¿No ha llegado nadie todavía?

—No, señora.

—Luego bajaré a echar un vistazo a las flores.

—Creo que están muy bien, señora.

—No lo dudo, pero el florista siempre las coloca de un modo demasiado rígido y perfecto.

—Como quiera, señora.

Lo de las flores venía de antiguo. El florista, al igual que Taylor, tenía una mentalidad determinada, de la que nunca se apartaba, y sus flores parecían impregnadas de esa mentalidad. En la forma de disponerlas se veía que era un ser

vulgar. Carecía de gusto para las flores. Le gustaba conseguir un «gran efecto». Taylor era parecido. No se había resignado a que hubieran abandonado la pompa e importancia de la vieja mansión. La vulgaridad, pensó la señora Parkington, era algo extraño, a la vez simple y complejo. Algunos nacían con ella. Muchos aprendían por experiencia qué era y se desprendían de ella. Pero la mayoría nacían vulgares y seguían siéndolo hasta el fin de sus días. Por otra parte, había muchas formas de vulgaridad, no solo la ostentación, sino también la hipocresía, la falsa sencillez y la presuntuosidad... Bien, ya reflexionaría sobre ello en otro momento. Le gustaba la normalidad. La gente normal nunca caía en el imperdonable pecado de la presunción.

Pronto llegarían los invitados y deseaba estar lista para recibirlos. Siempre había sido puntual, y solía esperarlos junto a la chimenea para darles la bienvenida conforme llegaban. Los buenos modales y la puntualidad eran muy importantes; así se lo había enseñado la vida. Únicamente las personas dotadas de una gran belleza o genialidad podían permitirse la pereza, pero no había ninguna otra excusa. Y ni siquiera esa era del todo satisfactoria.

Se sentó junto a la bandeja mientras Mattie escanciaba el champán con la destreza de un camarero parisiense. Mattie era una mujer extraordinaria. Todo lo hacía bien.

Los dos pequineses saltaron a su regazo y le lamieron las manos. Los acarició durante un segundo, y el afecto dulcificó su arrugado rostro. Muchos detestaban a los pequineses, especialmente los hombres, porque no los entendían. No se daban cuenta de que su valentía, dignidad y orgullo eran demasiado grandes para sus cuerpos menudos, motivo por el cual, al igual que los hombres que carecían del sentido de la proporción, en ocasiones parecían bulliciosos e irritantes.

La señora Parkington miró a Mattie.

—Tome esta copa, Mattie, y tráigame la mía del tocador.

Mattie la miró, y sus ojos azules, de edad indefinible, reflejaron reprobación.

—La señora sabe que nunca bebo champán.

La anciana se rió.

—Sí, pero esta noche va a beberlo. Es Navidad. Beberemos como viejas amigas, y no quiero tonterías.

Mattie fue en silencio por la otra copa. «Probablemente —pensó la señora Parkington—, imagina que con los años me he vuelto infantil, y quizá tenga razón. Pero no importa. Mattie lo aceptará, como ha aceptado otras muchas cosas».

Cuando Mattie volvió, levantaron las copas y la señora Parkington dijo: «Feliz Navidad y feliz Año Nuevo». Mientras bebía, pensó, sin temor ni pesar, que quizá no viviese para ver el año siguiente. La muerte la asustaba menos que otras tragedias que habían acaecido en su larga vida. Había conocido tantas, y tan violentas, que a veces la gente decía que debía de ser una mujer sin corazón para haberlas soportado y sobrevivido a ellas. Pero la gente no entendía, no sabía que a través de las penas había adquirido sabiduría y paz. Estaba preparada para morir esa misma noche de Navidad, pero tenía la curiosa sensación de que seguiría viviendo porque se avecinaba una nueva tragedia. Esta clase de corazonadas no era nueva, las había experimentado muchas veces desde aquella primera ocasión, muchos años atrás, en que supo que no debía esperar más a su padre y a su madre, porque ambos habían fallecido. Sus presentimientos eran casi infalibles.

Dejó la copa y dijo:

—Bien, aquí estamos, Mattie, otra Navidad. —Se acercó a la mesa, abrió el joyero y sacó un collar de brillantes—. Venga, Mattie, abróchemelo —dijo—; hará que me sienta más animada.

Necesitaba el collar por la misma razón que había necesitado una segunda copa de champán. La perspectiva de ver a toda la familia la agotaba. Podía soportarlos por separado, pero juntos la deprimían, salvo Jane, su bisnieta. El

resto eran tediosos, absolutamente tediosos. Oh, Dios, qué tediosos eran. Su nieta Madeleine la hacía reír a veces, eso era cierto; Madeleine, con sus maridos y ahora con su vaquero, era vulgar y apasionada, como si el Mayor hubiera renacido en forma de mujer.

Ahora tendría que verlos a todos una vez más en la fiesta anual de Navidad, como venía sucediendo desde hacía treinta años. Estaba harta de su descendencia y de la descendencia de su descendencia. Desde hacía tiempo se sentía desapegada de ellos, como si estuviesen unidos a ella únicamente por un hilo finísimo que podía romperse en cualquier momento y dejarla por fin libre.

Cuando Mattie le hubo abrochado el collar de brillantes, dijo:

—No deje que los perros bajen, Mattie, porque ponen nerviosa a la duquesa.

—Muy bien, señora —repuso Mattie. Y de pronto añadió—: ¿Cómo está la duquesa, señora? Hace tiempo que no la veo.

—No ha cambiado mucho.

No dejaba de ser curioso que, aunque su hija Alice se había casado dos veces desde su divorcio del duque, Mattie, ella misma y el resto de la familia siguieran llamándola duquesa... Probablemente porque Alice, incluso cuando bebía más de la cuenta, tenía dignidad..., una especie de dignidad trágica, hueca y desangelada. Era una reliquia de los años noventa, cuando las millonarias estadounidenses se casaban con nobles arruinados.

La señora Parkington traspuso con un suspiro la puerta que Mattie le abrió. La sirvienta no la cerró de inmediato, sino que observó desde el umbral a su señora hasta que esta entró en el ascensor y cerró la puerta. Todavía permaneció inmóvil, con el oído aguzado, hasta que oyó que el ascensor se detenía dos pisos más abajo y Taylor lo abría. Entonces cerró la puerta del *boudoir* para descubrir el lecho y poner en orden el tocador. Durante su trabajo se detuvo a

mirar los retratos del «buduá», y por último tomó una pequeña fotografía de los dos hijos de la señora Parkington cuando eran niños. Estaban delante de las cuadras de Newport, con la brida de sus respectivos caballos, ya ensillados, en la mano, vestidos con las anticuadas ropas de principios de siglo.

Al cabo de un buen rato dejó la fotografía, suspiró y, volviéndose, dijo:

—¡Mignon, Bijou!, venid, que os daré de cenar. —Pero era evidente que su pensamiento se hallaba lejos de los perros. Su rostro, redondo y terso, revelaba abstracción y lástima, como si se hubiese perdido en el laberinto de un pasado remoto.

En el saloncito, la señora Parkington fue de jarrón en jarrón para arreglar los suntuosos ramos, dando un ligero toque a cada uno, lo suficiente para corregir la rigidez del florista y devolverles su derecho a la existencia como flores. Adoraba las flores, no ya por su belleza, sino como símbolos del campo, del aire libre y de la naturaleza misma, de la que había estado demasiado tiempo alejada por las vicisitudes de su vida.

Esta estancia era muy distinta del «nido de urraca» del piso de arriba. Era un salón hermoso, ella lo sabía y estaba secretamente orgullosa de él como un símbolo de su triunfo, ya que había comenzado su vida en una triste pensión de Leaping Rock, Nevada, había tenido un gusto horroroso durante muchos años y al final había adquirido un conocimiento extraordinario sobre los períodos arquitectónicos, la historia de la pintura y la decoración. No había recibido una educación, aparte de aprender a leer, escribir y sumar, pero poseía una inteligencia natural y Dios le había concedido una memoria que nunca olvidaba nada. A los ochenta y cuatro años, hablaba francés, alemán e inglés y era una autoridad en algunas materias. No eran los colegios los que educaban a las personas, sino algo que se hallaba dentro de ellas.

Y la belleza del salón no se debía solo al dinero, sino a su conocimiento y gusto personal, cosas que, a pesar de las ideas del Mayor, nunca podrían comprarse.

Cuando terminó de arreglar las flores se acercó a la chimenea y se quedó bajo el cuadro de Romney, de espaldas a la lumbre, disfrutando de su tibia caricia. Le parecía que el salón tenía una especie de esplendor, producto de la caoba, el jade, el cristal y las flores.

Se preguntó quién sería el primero en llegar. Confiaba en que no fuese la duquesa. Se sentía incómoda con su propia hija, como si esta, que a sus más de sesenta años seguía siendo una niña, fuese una desconocida. Su sola presencia la desasosegaba, porque Alice era como un símbolo de algo que incluso ahora, transcurridos cuarenta y cinco años, tenía el poder de hacerla enrojecer y sentirse avergonzada.

Se sintió decepcionada, solo por un momento, cuando Taylor abrió la gran puerta de caoba y, con su voz de político inglés, un tanto deformada por el deje *cockney* de su juventud, anunció: «¡La señora Sanderson!». Sabía que, si Taylor hubiese podido elegir, habría hecho caso omiso de los posteriores matrimonios de Alice, tan desafortunados como el primero, y habría anunciado: «La duquesa de Brantès»; pero hacía tiempo que ella había puesto fin a tal esnobismo. La señora Parkington consideraba una estupidez anunciar a los invitados de una comida familiar, pero no tenía valor para negar a Taylor esa satisfacción.

Entró su hija, vestida con un traje que la anciana juzgó, tras la primera ojeada, demasiado juvenil para ella. Alice nunca había sabido escoger los vestidos adecuados y se negaba tozudamente a que alguien los escogiera por ella. Llevaba en el cabello, sobre el rostro cetrino, un ridículo adorno de flores artificiales, lentejuelas y tul. Solo una joven hermosa podría haberlo lucido, y Alice no lo era. Había salido a la familia del Mayor, era alta y daba muestras de lo que la anciana consideraba un desaliño congénito y here-

dado. Su afición a la bebida no contribuía en nada a su pulcritud y distinción. Sin duda su doncella conseguía darle un aspecto elegante, pero al anochecer, a veces incluso antes de la cena, Alice perdía la compostura: aparecía con el cabello desarreglado, el corsé subido, las medias arrugadas. Últimamente le había dado por verter cosas en la mesa. El problema no era solo el descuido congénito de Alice; la señora Parkington sabía que la bebida lo agravaba. La última semana, Alice se había caído de la silla durante el concierto que siguió a la cena de los Desmond.

Mientras su hija cruzaba la habitación, la anciana la observaba en busca de señales externas de su estado. No vio ninguna. Alice parecía bastante «serena», como decía su padre en los viejos tiempos, pero nunca se sabía cuánto había bebido en el cuarto de baño. También se parecía a su padre en este aspecto, pero con la diferencia de que el Mayor tenía una cabeza prodigiosa. La señora Parkington le había visto beber cuatro veces más que cuantos lo rodeaban, que solían caer borrachos sin que él mostrase el menor signo de ebriedad. Era un talento que había usado en sus tratos para ganar millones de dólares.

Alice estaba ya junto a ella. Abrazó a su madre, besó sus arrugadas mejillas y le deseó una feliz Navidad. Aunque la anciana volvió la cabeza, percibió su fuerte aliento.

—Feliz Navidad —dijo—, y gracias por la bonita cajita de plata.

—Es antigua —comentó Alice con brusquedad—, creo que holandesa. ¿Vienen todos esta noche?

—Todos. Por primera vez desde hace años toda la familia está en Nueva York en estas fechas.

—Quiero ver al vaquero de Madeleine —dijo Alice—. Esa chica es insaciable.

—Es una mujer sana y un poco consentida.

—Confío en que este sepa meterla en cintura mejor que los demás. Lo malo de Madeleine es que es una persona

moral por naturaleza. Si fuese más promiscua y se casase menos, no saldría tanto en los periódicos.

—¡Alice! —exclamó la señora Parkington.

—Lo he dicho sin mala intención. Por el bien de Madeleine, deseo que sea un hombre bueno y fuerte.

A la señora Parkington le incomodaban tales conversaciones. Serían muy «modernas», pero no se había acostumbrado a ellas ni le gustaba la picardía femenina. No obstante, reconocía que Alice tenía cierto derecho a hablar así, pues recordaba los insultos que Madeleine le había dedicado: «la duquesa chasqueada», «la bebedora del baño» y frases por el estilo. Aun así, prefirió cambiar de tema.

La duquesa tomó asiento, con aspecto fatigado. Su forma de sentarse dejaba entrever que no solo estaba cansada, sino también aburrída, desesperadamente aburrída. Solo había tedio en sus párpados caídos y en su papada. Acudía a la cena porque era una ceremonia tradicional y porque era más divertido que estar sola en casa. Observándola, su madre pensó, incluso mientras charlaban, en cuán extraordinario era que una mujer que había tenido tanto dinero y tantas oportunidades en la vida contase con tan pocos recursos. A Alice no le gustaba leer; no tenía ninguna afición, no le interesaba nada. Parecía mucho más vieja que su propia madre.

Jamás había existido afinidad ni comprensión entre ellas. La señora Parkington no encontraba nunca la forma de sostener una conversación con su hija. Sus diálogos eran siempre una serie de arranques en falso que no conducían a ninguna parte. En aquel momento, casi desesperada, preguntó:

—¿Qué has hecho últimamente?

—Poca cosa. El viernes fui a la ópera, al palco de los Geraghty.

—Es una gente rara. En mi vida he visto tanto armiño como el que lleva la señora Geraghty encima.